

Breve ensayo sobre el roto (1)



PARA una comprensión del roto, fuera menester escarmenar un conjunto de circunstancias geográficas, históricas, económicas, de raza, etc.—¿a qué llevarían tales cosas?— y diferenciar los productos sociológicos de ello derivados. Acaso obtuviéramos algún resultado científico, muy objetivo, pero ¿cómo separar lo que el roto es de lo que pensamos es el roto? ¿Cómo separar nuestro ser real que somos en sí, de nuestra voluntad de ser o no

(1) El joven novelista Juan Godoy, es creador—juntamente con el poeta Claudio Indo y los escritores y artistas jóvenes Francisco Coloane, Nicasio Tangol, Leoncio Guerrero, Manuel Guerrero Rodríguez, Abelardo Barahona, Ramón Miranda, Fernando Alegría, Víctor Franzani, Pedro de la Barra, Moisés Miranda, Jorge Millas, Edmundo de la Parra, etc.—del *Angurrientismo*, movimiento neocriollista, que aporta una renovación en lo psíquico de nuestro criollismo. No se trata de una escuela literaria, sino de un movimiento de la intuición de la esencia chileno-cultural.

La novela de Juan Godoy «Angurrientos» desbarata la técnica rutinaria de estas creaciones artísticas. Chilénísima, original y profunda, de difícil lectura, densa en ideas, esta novela guarda una curiosa similitud de espíritu con el impresionismo y, principalmente, con la corriente europea unanímista de Jules Romains. De estilo estancado, lleno de brotes. Y una reflexión madura del idioma.—MARIANO LATORRE.

ser? Sin embargo, cada chileno tiene una vivencia del roto y distingue lo auténtico «rotuno» de lo que es falsificación y límite.

Nuestras clases gobernantes, cosmopolitas ratas cebadas en la riqueza nacional, no han comprendido jamás al pueblo, han volcado sobre nuestra alma una costra de alquitrán, ampollado y resquebrajado hoy por nuestra ansia y brote, a su pesar, potente y agrio. Y sus propios literatos, disidentes de ojos abismados por ciertas cosas de Europa, la perogrullada y relumbrón europeos, hijos de rastacueros y siúticos, que, en un arranque sentimental y original, han querido penetrar el alma del roto, se quedaron con las manos vacías y el decorado de la miseria, con un gesto de asco en los labios. La novela «El roto» de Joaquín Edwards—notable novelista por muchos conceptos—es una blasfemia para el pueblo chileno. Ha cerrado el puño aristocrático, y se encuentra con sus cinco dedos cuajados de sortijas.

Tomemos, simplemente, el camino directo a nuestro propio corazón, al corazón del roto. Y mi primera nota es su angurrientismo, un puro exceso vital. El roto no deja nada en el plato de la vida. Se lo come todo en un día. Come en exceso; bebe en exceso; ama en exceso; muere en exceso. Y de aquí su radical confianza en sí mismo. Para él, lo inmanente se ha hecho trascendente por el vivir pleno del instante. Y de aquí arrancan todas sus virtudes y defectos. Es imposible encontrar a un roto octogenario o de poca edad. Sim-

plemente se es o no roto en la edad viril. El roto es una pura virilidad, aporte notable, forma y contenido, que damos y podríamos dar como algo típicamente chileno a la cultura universal.

Y no es metódico. ¿Qué método tendrá un hombre que coge entre sus dientes y sus ávidos labios, la ubre hinchada y goteante de la vida?

Pero todo esto puede explicarse. Lo que hace del roto no ser un metódico, es la conciencia de su valer, son sus manos curtidas, trabajadoras. Nicolás Palacios, tan chileno, digno de ser meditado y seguido en lo que amaba, aunque lleno de errores, cuenta en su bello libro «Raza chilena», esta anécdota admirable: trabajaba en la pampa un extranjero, quien viéndose con sus ropas raídas, se acerca a un roto que trabajaba allí mismo, y dícele mostrándole sus harapos:

—Ya parezco roto.

—Rotoso «erís», porque «pa» roto te falta mucho —le ha contestado dueño de sí mismo nuestro hermano.

Cabe, pues, separar el concepto «roto» del hombre de carne y huesos señalado por él. Roto es ya un supremo concepto valorativo creado por el pueblo chileno; concepto cuya esencia es angurrientismo con sus sentidos materiales y espirituales, raíz de la cultura que demanda la tierra chilena, contenido espiritual nuestro que ha encontrado su forma, cultura que late en la juventud nuestra. Que se halla en nuestros líricos inconfundibles de chilenidad: Pezoa Véliz, Neru-

da, el de «Residencia en la tierra», que asoma en algunos prosistas de la generación pasada.

El valor del roto está en sus manos, el horizonte está en sus manos. El roto es andariego, porque tiene sus manos. Ha hecho parir «Chilecitos» a la tierra doquiera va. ¡Qué significativo es que los conquistadores hayan cortado las manos a un ascendiente del roto! Hoy el roto tiene las manos atadas. Y llora cuando tiene sus manos sarnosas como Alejandro el hojalatero: «¡Si no soy más que un hojalatero borracho, un «guat'e» vino!»—gimotea enjugándose, las lágrimas con las hilachas de su manga. La admirable política chilena ha consistido en amarrar cada vez mejor las manos del roto, atarlas o llenárselas de sarna.

Un cantero se sacó veinte mil pesos en la lotería. Lo primero que hizo fué, naturalmente, comprar una chichería y encerrarse en ella a beber con los suyos. Como llegaron las mujeres y críos de sus hermanos canteros a buscar a sus hombres, él, que amaba la vida, pagó a sus rotos diez pesos diarios por la jornada de trago. Pero ¿ese idiota no ve que escapará a la miseria guardando con siete llaves ese dinero del porvenir? El roto ríe seguro de su inmensa verdad; conoce el dinero como un medio y no como un fin en sí. «La plata se ha hecho para gastarla». Y se mira con unción sus manos sarmentosas, callosas, trabajadoras.

Ahora bien, hagamos un paréntesis. Los partidos marxistas chilenos no habían reparado—tampoco unos literatos cosmopolitas—en la importancia que tiene el

extraer el contenido anímico de los tipos sociológicos chilenos. Su proletariado es una abstracción en cuanto no caigan en la cuenta de que el proletariado chileno es el roto chileno con sus hermanos, mineros y costinos, y el campesinado, el inquilino y el huaso. Poniendo la doctrina en la corriente elemental del alma de nuestro pueblo, habrá surgido la fuerza espiritual de la revolución. Es necesario penetrar en sus almas, conocer su folklore, destruir el complejo de inferioridad del huaso. No hay que olvidar que dos tipos sociológicos supremos de nuestra nacionalidad, el huaso y el roto, a causa de nuestra plutocracia, se han transformado en dos insultos nacionales. Se dice entre nosotros: «No sea huaso». «No sea roto». Y en nuestro cuasi teatro —el teatro en Chile nació muerto—, el Lucas Gómez es una inmensa imbecilidad nacional.

Da pena ver como, con la pérdida de nuestra chilenidad, se ha ido desplazando la guitarra, el instrumento de los españoles y de todo hispanoamericano. (Los yanquis no podrán penetrar nunca en Méjico a causa de nuestra guitarra anti-imperialista. ¿Como podrá nadie, sino nosotros mismos, pulsar nuestra alma?). Ahora en los campos suenan voces destempladas de gramófonos y victrolas. Y los huasos quieren bailes serios, a lo agarrado. Aunque siempre la cueca y la tonada salen de ellos como del fondo de sus almas.

«El roto, por su gran fuerza interior, se ha escapado del complejo de inferioridad que destruye al huaso. Y todos los chilenos, cuando somos más conscientes de

nuestros méritos, decimos a veces: «Este rotito lo hizo, lo hará». «No hay quien pegue con este roto».

Otra nota característica del roto es que este hombre dispone de los demás. Con él hay que servirse el medio pato de tinto, grueso y agrio, o parte de sus ojos el fogonazo helado de las medias lunas de los corvos. Aparentemente hay en esto una imposición de personalidad, un exagerado individualismo. No obstante, el roto tiene sentido de la jerarquía, basado en una segura intuición del mérito de los hombres. El no haber contemplado esto último, ha hecho creer a algunos en una imposibilidad de construir nada con el roto, y que el roto está llamado a desaparecer.

Hemos anotado ya la inmanente trascendentalidad del roto, su angurrientismo, agregamos ahora que tal esencia del roto lo hace ser el único tipo heroico de nuestro pueblo. Esto, su apetencia de vida y muerte. Muerte lanzada hacia la vida. Realizará—ha realizado en parte y contenido la etapa heroica del pueblo chileno,—realizará nuestra libertad. Pero sus fuerzas ¿acaso no podrán ser encauzadas después? Ya lo hemos dicho antes, el roto son sus manos, nudosas, callosas, trabajadoras. Se encauzará en un Chile erizado de fábricas sudorosas, jadeantes, en el arte y la inteligencia. De su núcleo saldrán los hombres selectos del porvenir.

El individualismo sin grandeza ha mirado al hombre chileno. Y su sentido del ridículo. Somos en verdad un pueblo triste. De ignorada tragedia yacente. Aulla-

mos como un perro a nuestro destino. En la noche desgarrada y desolada qué triste aúllan los perros de los indios al espectro de una raza. La trutruca tiene la monotonía de un cadáver pudriéndose. Así la cueca viril de los buenos tiempos es olvidada. Y hoy brotan de los labios del pueblo los tangos del compadrito de argentino arrabal degenerado.

Nos amputaron lo colectivo, lo social. Vivimos broquelados. Aislados. Islas de un archipiélago. Por eso somos tristes. País sin fiestas populares. Sin masas corales. Pero cuando en vida colectiva, en estadios, circos, teatros, concentraciones, entonces nace, anestesiado el dolor de sí mismo, nuestra alma colectiva; no tememos ridículo ni nada, sino cada cual habla con la intimidad de un yo con su alma. Y somos. Relampaguea la metáfora. La imagen carnuda y realista. El picor chispeante de la talla, en el hallazgo de relaciones sutiles. O densas. El roto se impone. Supera en el humor su tragedia de hombre solitario. Y toma en «chungu» hasta el abandono de su vida miserable. ¡Pueblo inteligente el de esta tierra! Se avencinan los tiempos de la unidad de Chile en la alegría de eyacular un mundo.

El roto tiene un origen campesino. Pero es un producto de selección. Quiso ver lo que pasaba más allá de los rincones de su campo. No lo limitaron los horizontes. No vió la cordillera como problema sino como una pura ola muerta. ¡En nuestro Chile, que es como un gran surco de olas! Rebelde de las encomien-

das, cae en el bandidaje o huye del campo a los grandes minerales en esta tierra.

El huaso es limitado, torpe, suspicaz. Su sentido de la propiedad se le ha hincado en la carne. A causa de su labor agrícola, lo caracteriza su previsión económica. Vive para la tierra y sus animales. Arranca sus fuerzas de la tierra.

El roto saca de sí mismo todas sus riquezas. Se tiene. Es dueño de sí. Por esto es capaz de todos los heroísmos. Se le encuentra en el fondo de las minas de carbón. O despanzurrando la pampa trágica. En todos los minerales. Y las fábricas. Es un borbotón de vida domeñando las fuerzas ciegas de la materia inerte.

El huaso vive domeñando a la propia vida.

El roto, el costino y el minero, son hermanos trágicos. Viven el instante. Exponiendo sus vidas. Son dueños de sí. Dueños de nada.